

La culpa no es del debate

CATALINA URIBE



LA CULTURA DE DEBATIR EN PÚBLICO tiene una gran trayectoria en países como Inglaterra y Estados Unidos. Desde finales del siglo XVIII han existido clubes y sociedades de debate. La mayoría de los institutos de educación preparan a los jóvenes para debatir públicamente. Sin embargo, solo hasta muy entrado el siglo XX fueron admitidas mujeres a debatir. A pesar de que ya en el siglo XIX algunas podían ir a la universidad, les era prohibido participar en discusiones

con los hombres. Se creía que no tenían la confianza propia ni la razón para debatir.

La angustia de debatir con las mujeres no es sólo del siglo pasado. En el 2014 Miguel Arias Cañete, del Partido Popular español, dijo que su mal desempeño en el debate con la socialista Elena Valenciano se debía a que “el debate con una mujer es complicado. Si demuestras superioridad intelectual o la acorralas, es machista”. La idea detrás es que la mujer necesita de protección; no una igual. Iguales son los demás soldados con los que se combate. Entrar en una afrenta con una mujer es como dispararle a un civil.

Y quizá ahí está el punto. Además del sexismo simplón de Cañete, el debate se hace un espacio hostil cuando se asume como una batalla. Las discusiones se ponen en térmi-

nos de ganadores y perdedores, de enemigos y aliados. Pero cuando los asuntos públicos se enmarcan en el imaginario de una batalla verbal todos perdemos, pues la victoria y la dominación se convierten en la meta. Dejamos de pensar en el discurso cívico y nos estancamos en la violencia del lenguaje.

Colombia ha caído en este estancamiento no solo por el uso de palabras agresivas, sino por actitudes que suscitan la violencia. Nos acostumbramos a que las figuras públicas estigmaticen, acaben con la reputación de detractores, no se disculpen honestamente y no reconozcan a la ciudadanía como interlocutora legítima. Muchos han renunciado al debate público. Pero no es al debate a quien debemos culpar, sino a seguir enfrascados en valores y recursos argumentativos arcaicos.

Insensatez

JOSÉ FERNANDO ISAZA



EL SANGRIENTO ATENTADO DEL Eln contra la Escuela de Cadetes de la Policía no solo es un acto totalmente reprochable, sin ningún atenuante, es un error político cometido por un grupo insurgente que, además de su accionar militar, afirma que tiene como objetivos beneficiar al pueblo y trabajadores (sic) colombianos. Es una muestra más de la degradación a la que ha llegado este movimiento. En los “juicios populares” a sus propios integrantes, en la década de los 70, asesinaron a los más brillantes intelectuales que se unieron a sus filas creyendo en una utopía socialista a la que se podía llegar por las armas. El secuestro fue otro accionar totalmente inaceptable. No puede hablarse de la dignidad humana, que dicen respetar, y tratar a las personas, la mayor parte de ellas ajenas al conflicto, como una simple mercancía de valor económico. No es aceptable su argumento de la necesidad de recurrir al secuestro para financiarse afirmando que no están involucrados en la actividad del narcotráfico.

Buena parte del país rodeó al presidente en su exigencia de liberar a los secuestrados antes de reiniciar las negociaciones. Hoy, difícilmente la sociedad acepta una negociación con ese grupo que secuestra y mantiene esta práctica criminal.

La bomba cierra por mucho tiempo las puertas de la negociación. El gran beneficiario es el líder del Centro Democrático, para quien la existencia de una guerrilla actuante es su mejor argumento político y electoral. En el momento en que se inician las campañas para elegir las autoridades regionales, el criminal y torpe accionar del Eln le entregó las mejores banderas a quien dice ser su contradictor y enemigo.

No hay justificación a la negativa del presidente de cumplir los protocolos para el regreso de la comisión negociadora. El argumento de que el protocolo lo firmó el anterior gobierno es grave para la respetabilidad internacional. Cuando se firmó se sabía que el Eln hacía actos terroristas y los negociadores no fueron capturados, sino que voluntariamente viajaron a los países garantes de los acuerdos sabiendo que si se rompían las negociaciones no los enviarían a la cárcel, sino a sitios similares a donde estaban antes de integrarse a la mesa. Un experimentado académico como es el comisionado de Paz, tratando de explicar lo inexplicable, actúa como un abogado mañoso para evitar cumplir un compromiso. ¿Qué pasa si un ciudadano va a cobrar una deuda a una empresa y los nuevos administradores le dicen que no se la pagan porque ahora tienen un nuevo gerente que decidió no pagar compromisos asumidos por la anterior administración?

Es bien posible que casi la totalidad de los ciudadanos respalden al presidente por la cesación de las negociaciones, pero no todos creen que es conveniente para el país incumplir los compromisos internacionales. ¿En qué queda la credibilidad del país? Tal vez el mejor resumen de la situación lo plantea *Vladlo*: “¿Debemos acatar las elecciones presidenciales que ganó Iván Duque en vista de que se realizaron en el gobierno anterior? Simple curiosidad”.

Nota final. Circulan memes que dicen que Colombia y Venezuela se parecen en que ambos países tienen dos presidentes. Colombia tiene un solo presidente y “presidente eterno” es el sagrado nombre con el que se refieren a él los seguidores del partido que ganó las elecciones.

Osuna



Resurge Fajardo

Fernando Gaitán y las mujeres reales

YOLANDA REYES



SE FUE DE PRONTO Y MUY PRONTO don Fernando Gaitán. Lloramos por él las bettys y las gaviotas del mundo. Mucho se ha dicho de su talento y de su vida en las últimas horas porque la muerte repentina sacude y todos, de alguna manera, nos sentimos dolientes de su partida. Sus historias nos enamoraron, nos envolvieron y nos permitieron ver en pantalla a las mujeres que suelen caminar por la calle y no por las pasarelas. Ese fue el milagro.

Fernando Gaitán rompió el molde cuando convirtió a mujeres reales en protagonistas de una historia de amor y *glamour*. Además de Betty, la fea que nos conquistó con sus gafas, su frenillo, su pelo engominado y esa risa extraña, estaban en el centro de la historia las mujeres del “cuartel de las feas”, que no eran nada distinto a lo que somos todas: altas y delgadas o gordas y más bajitas, viejas o jóvenes, negras, rubias o peliteñidas; algunas, coquetas; otras, tímidas. Una mezcla de eso que somos las mujeres que tenemos vidas reales, cuerpos reales y no perfectos como mandaban hasta el mo-

mento los cánones de las telenovelas. Mujeres apasionadas, perfectas en su imperfección, con sus manías y sus talentos.

Por eso la historia de *Betty, la fea* caló por los cuatro puntos cardinales de este planeta que está lleno de mujeres hermosas que nos sentimos feas porque nuestras curvas no encajan en el modelo que nos han dictado en cada momento. Mujeres que queremos bajar de peso, aumentar el busto o disminuirlo; mujeres que quieren alisar sus crespos, cambiar la nariz, tener más cola, crecer sobre tacones imposibles. Mujeres que nos damos garrote ante el espejo por las voluptuosidades propias de quienes somos. Mujeres que perseguimos lo que no existe.

Esas mujeres del mundo se vieron, nos vimos, en Betty y sus amigas a pesar de las distancias del idioma, la religión o la cultura. Ninguna novela ha tenido en la historia tantas versiones ni se ha visto en tantos países del mundo: desde España hasta Turquía, desde México hasta Brasil. La vieron en Rusia y en Estados Unidos. Betty habló alemán y griego. La tuvieron en la India, Croacia, Polonia y Portugal. Hubo hasta versión de dibujos animados. Una telenovela que logró trascender y volverse universal porque nos mostró cómo los seres humanos somos mucho más que el empaque. Una historia de amor y de empatía

que nos lleva más allá de lo evidente.

Nos conquistaron Betty; Nicolás, su amigo *nerd* que no la desamparaba, y las chicas del cuartel. Los amamos por lo que eran por dentro y por fuera y escuché a muchos protestando cuando llegó la transformación de Betty porque a ella la amamos vestida de eso que llaman fealdad. El talento de Fernando Gaitán fue meternos a todos en la pantalla para entender el sufrimiento, el amor y las batallas de quienes se nos parecen.

Ya había logrado sacudir el género cuando nos puso a cantar a grito herido al lado de Gaviota en *Café, con aroma de mujer*. En medio de los cafetales convirtió el sueño de muchos en realidad: se pueden conquistar amores imposibles, se puede triunfar aunque se venga de abajo, se puede lograr cualquier meta. Algunos dijeron que el libretista no lograría superar ese éxito, pero faltaba un paso más. Faltaba atreverse a apostar en contra de la belleza física. Faltaba que nos presentara a Betty y a su clan de seres reales para que el mundo se sacudiera. A Fernando Gaitán, al despedirlo, hay que decirle gracias porque ayudó a cambiar estereotipos y supo contar historias distintas, confirmando que las personas reales con sus vidas sencillas o complejas pueden ser, y son siempre, protagonistas de una gran telenovela.